

A CLEARCO MEONIO

Castiga al mundo decadente y sabio.
¡Anda Pastor, devuélveme la avena,
melificada por tu dulce labio!

M. J. Othón

Vate y Pastor: dejaste la divina
patria de Apolo y hasta nos viniste
con ese sacro numen que bebiste
en la Castalia fuente cristalina.

Tu estro es sol: ahuyenta la supina
nesciencia—sombra que en el orbe existe—
sol que distante del ocaso triste
del cenit de la gloria no declina.

Tú robas a los dúcidos panales
que labran las abejas del Himeto,
néctar para tus trovas inmortales.

¿Quién de cantar así ~~te~~ dió el secreto?
¡Tu nombre, del Parnaso en los anales,
perpetuarán los siglos con respeto!

AL LLEGAR A MI PUEBLO.

¡Ya estoy bajo tu cielo, pueblo mío!
Gozosa el ave su canción modula
y el sazonado panojal ondula
tremulante, al rizarlo el aire frío.

Un rebaño disperso el caserío,
oculto entre los árboles, simula;
y en álveo angosto gárrulo circula,
como tímida vena, el sesgo río.

Y todo vuelvo a ver: el rojo alero,
toldo de comadreras golondrinas
que de niño buscaba placentero;

la parroquial iglesia, las colinas...
¡Ay, y entre tanto objeto duradero
lloro al ver de mi hogar sólo ruínas!

LA CAÑADA

Como gigante garza que blanquea
entre lo más espeso del bosque,
arrebujada en manto de follaje
se ve surgir la torre de la aldea.

¡Cuál se espacia la vista y se recrea
ante el amplio y eglógico paisaje!
En el zafir del cielo, ni un celaje
tamiza el oro de la luz febea.

Cada cabaña rústica hace gala
de hospedar una cándida paloma,
un triscador cabrito, una zagala;

y encierra tanta flor y tanta poma,
que cefirillo, al agitar el ala,
desparce efluvios de sutil aroma.

LA PRESA DEL DIABLO.

Allí está, como lámina bruñida
donde quiebra el rey Sol sus resplandores,
enguirnardada con palustres flores,
de verdes carrizales circuída.

Quando se encuentra diáfana y crecida
y llega la estación de los calores,
es de ver cómo van los nadadores
a refrescar la tez enardecida.

El rústico vulgar, que tanto fragua,
a todo el que allí va cuenta cobarde
que Febo al tramontar, cuando atardece,

ve que se agita sobre el haz del agua,
cárdena sierpe que entre llamas arde
y al signo de la cruz desaparece.

LA CUESTA CHINA

Arida y gris extiéndese a lo lejos
como una larga cinta entre verdura,
que no enjaya una gota de agua pura
ni alegra el sol con vívidos reflejos.

Místicas cruces y árboles añejos
le forman funeraria bordadura,
y uno aquí y otro allá, de roca dura,
su dorso erizan los cantiles viejos.

Cuando surge la noche y los desnudos
troncos semejan esqueletos mudos,
de la gloria lunar bajo las luces,

tímida el alma de pavor se llena
oyendo sollozar almas en pena
alrededor de las cristianas cruces.

La Hacienda de Carretas

De mañana, es umbráculo de rosas;
a la hora del sol, sestil de ovejas;
al tardecer, teatro de hondas quejas;
por la noche, haz de nieblas luminosas.

Tiene arroyos de linfas rumorosas,
limpio cielo vernal, hazas bermejas,
fuertes labriegos, dulces zagalejas,
músicas aves y auras deleitosas.

Ceres vuelca opulenta en los graneros,
con maternal amor, las parvas de oro
de sus opimos frutos tempraneros.

Pero aun existe allí mayor tesoro:
dos valientes e hidalgos caballeros, (*)
de la patria del Cid prez y decoro.

(*) Don Manuel y don Federico de Samaniego

El Acueducto

Como un renglón monótono-undulante
de rojas EMES en el campo escrito,
el acueducto se irgue al infinito,
esbelto, magestuoso y elegante.

Rápido, serpentino y sibilante,
cruza el tren so los arcos de granito,
cual un reptil de formidable grito
entre las largas piernas de un gigante.

Supera el acueducto queretano
al soberbio acueducto de Trajano
de que nos habla la severa historia;

y en él, pues que brindó linfa al sediento,
perpetuó como en alto monumento
el Marqués del Villar su nombre y gloria.

La Cascada del León

Ya con fragor, ya con murmullo blando,
borbotas a los ojos del viajero,
ora haciendo nacer copo ligero,
ora fanales de cristal formando.

¡Cómo eres imponente y bella cuando
al descender de tu natal venero,
semejas un león altivo y fiero
la melena de olas encrespando!

La pobre humanidad sigue tu suerte:
si tu raudal soberbio se derrumba
y con él hacia el mar vas a perderte,

ella al abismo va... y cuando sucumba
despeñada en la sima de la muerte,
en un arcano mar tendrá su tumba!

El Río

Al Norte de mi suelo bendecido,
primaveral, ubérrimo y riente,
rumoroso te arrastras cual serpiente
cuyo crótalo asorda con su ruido.

Las gayas rosas del abril florido
retratas en tu linfa transparente,
y en los sauces que besa tu corriente
la paloma torcaz cuelga su nido.

¡Y qué importa que Céfito suave
te regale con cántiga sencilla
y te adormezca con su trino el ave,

si ya no escuchas en tu agreste orilla
aquel acento deleitoso y grave
con que en un tiempo te cantó Revilla? (*)

(*) Luis Revilla, poeta queretano, cantor de este río.

El Cimatario

Inmoble, gigantesco, solitario,
tras un velo sutil de poesía,
miente a la soñadora fantasía
la giba de un enorme dromedario.

De su desnuda cima de Calvario
suele ascender el águila bravía,
cual con el ala abierta surgiría
la estrofa de un divino visionario.

Si Bóreas bramador sopla en octubre,
en albornoz nubífero lo cubre;
fustígalo el relámpago severo;

y el labrador, que al porvenir se lanza,
arroja en cada surco una esperanza
con la proximidad del aguacero.

El Cerro de las Campanas

Escueto, sin verdor, sin una rama
que ceñirte a la sien como atavío,
ves a tus plantas resbalar el río
sobre lecho magnífico de grama.

¡Oh, tal parece que con viva llama
te abrasa el fuego de voraz Estío!
¡Todo es en tí fantástico y sombrío
todo las gracias del Abril reclama!